

(Transcripción)

Roma, 12 de abril de 1984

Chiara Lubich en el Jubileo de los jóvenes:

### **La alegría**

(...) Hoy día, los cristianos muchas veces no se distinguen precisamente por una alegría especial. En general, visitar una ciudad en la que viven sobre todo cristianos no se diferencia mucho de visitar otra habitada por personas de otras religiones o no creyentes.

Esto seguramente no sucedía en los primeros tiempos del cristianismo.

Entonces, los cristianos, habían quedado tan fascinados por lo que acababa de suceder, veían tan claramente que las promesas del Antiguo Testamento sobre la salvación, y la rehabilitación del hombre, se habían realizado en Cristo, estaban tan convencidos de que El había traído un remedio para todo y había dado una solución a todos sus problemas, que exultaban de alegría. "Partían el pan por las casas y tomaban el alimento con alegría... alababan a Dios..." (Hechos Ap. 2, 46-47)

(...) si el israelita alababa a Yahvé por la Ley que Dios le había comunicado a través de Moisés, de tal forma que ahora sabía cómo caminar en la vida, ¿qué himnos elevarían al cielo los primeros cristianos, que, habiendo recibido la misma ley del Cielo, que Cristo había traído a la tierra, o sea, el amor, habían encontrado en ella, en su puesta en práctica, una fuente de alegría?

Si, queridos jóvenes, fue esto lo que encontraron los primeros cristianos: una fuente de alegría. Y la encontraron en el amor. (Aplausos)

Sin duda alguna eran felices porque Dios vivía con ellos, porque se habían convertido en su templo, porque comprobaban la potencia de Dios; pero su alegría no se debía únicamente a causas externas, aun siendo divinas y sublimes. La alegría -esta es la cuestión-, la alegría que experimentaban, era asimismo un don, que sintieron nacer en su corazón cuando empezaron a amar.

Amar al hermano lo era todo para los cristianos. Y esto era muy evidente para ellos. Parecía que en la atmósfera se hubiera quedado el eco de aquellas palabras de Jesús con las que describía el gran escenario del juicio final, cuando todos nosotros, uno a uno, nos tendremos que someter al examen de nuestra vida; que no es más que un examen sobre el amor, ¿os acordáis? Tuve hambre, y me disteis de comer... Tuve sed y me disteis de beber... (Mt 25,35).

Tenían presente la carta de San Pablo, que les enseñaba cómo amar, más aún, en la que comunicaba su experiencia: "Me he hecho débil con los débiles... me he hecho todo a todos..." (1 Cor. 9,22).

Por eso, por eso, se hacían uno con cada prójimo que encontraban, compartían sus vicisitudes, participaban de sus dolores y de sus alegrías, hacían suyos sus sentimientos. En fin, vivían para los demás, vivían en función de los demás, podríamos decir que su lema era éste: 'vivir el otro', vivir los otros. Y ya no vivir para sí mismos.

Se comprende pues que en este amor encontraran la posibilidad de practicar aquella abdicación a sí mismos que pide el Evangelio: "niéguese a sí mismo" porque viviendo lo de los demás no vivían para sí mismos, y, por consiguiente, abdicaban a ellos mismos. Habían muerto a sí mismos porque vivían el amor; eran sólo amor y estaban frente a Dios que es Amor, como pequeños soles frente al Sol. Frente a la Infinita Felicidad eran felicidad, eran alegría. Así eran los primeros cristianos. (Aplausos)

Y amaban de este modo, amaban de este modo a los amigos y enemigos.

Y se amaban entre ellos.

Se amaban entre ellos. Se amaban entre ellos.

¿Qué era lo que los distinguía, efectivamente, de los demás hombres? ¿Quizá las grandes empresas, las obras gigantescas, una amplia cultura, la rica elocuencia? ¿Tal vez los milagros o los

éxtasis, que tampoco faltaban? No, no, no, no, no: los distinguía el amor, el amor recíproco. "Mira como se aman -se decía de ellos- están dispuestos a morir el uno por el otro" (Tertuliano, "Apologético", 39,7).

Se amaban y realizaban la unidad, aquella unidad a la cual Jesús ha prometido la plenitud de la alegría. (Aplausos)

La alegría de los primeros cristianos (como por otra parte la de los cristianos de todos los tiempos y de todos los siglos, cuando el cristianismo se vive radicalmente), la alegría de los primeros cristianos era una alegría realmente nueva, desconocida hasta entonces. No tenía nada que ver con la risa, con la euforia, con el buen humor. Ni -como diría Pablo VI- tenía nada que ver con "la alegría exaltante de la existencia y de la vida", con "la alegría tranquilizadora -continuaría- de la naturaleza y del silencio"; ni con la alegría o "la satisfacción que se experimenta después que uno ha cumplido con su deber"; ni solamente "la alegría transparente de la pureza" o la "del amor puro, honesto...." No era esa. Aunque todas ellas sean hermosas...

La de los primeros cristianos era diversa: era una alegría parecida a la embriaguez que invadió a los Discípulos cuando vino el Espíritu Santo. (Aplausos)

Era la alegría de Jesús. La alegría de Jesús. Porque Jesús, así como tiene su propia paz, tiene su propia alegría.

Y la alegría de los primeros cristianos, que brotaba espontánea del fondo de su ser, saciaba completamente su ánimo.

Ellos habían encontrado realmente eso que necesita y va buscando e hombre de ayer, de hoy y de siempre. Habían encontrado a Dios. Habían encontrado la comunión con Dios. Y esto los saciaba completamente y los llevaba a la realización. Eran hombres auténticos.

De hecho, el amor la caridad, con la cual Cristo, a través del bautismo y de los demás sacramentos, enriquece el corazón de los cristianos, se puede comparar a una planta. Cuanto más hunde sus raíces en el terreno, es decir, cuanto más se ama al prójimo, tanto más crece la planta, es decir, el tallo. O sea, cuanto mas se ama al prójimo, mas el corazón se inunda de amor a Dios. Este amor, esta comunión no es sólo algo en lo que se cree solo por fe, sino que es una comunión experimentada. Y esto es felicidad, es la felicidad: se ama y nos sentimos amados.

Esta era la alegría de las primeros cristianos (aplausos), esta era la felicidad de los primeros cristianos, de grandes y jóvenes como vosotros, que después se manifestaba en forma de jubilosas liturgias maravillosas y rebosantes de himnos de alabanza y de acción de gracias.

Alegría que crecía en su corazón también por otro motivo: porque amando poseían la luz. La luz, es decir, veían, y en cierto modo comprendían las cosas de Dios, que de por sí son impenetrables. Los misterios, por ejemplo, aceptados con fe, no resultaban tan oscuros como puede parecer. Habían llegado a tener una cierta percepción sobre ellos tan sabrosa, tan luminosa que tenían la impresión de comprenderlos, de poseerlos. Y esto hacía todavía más sublime su alegría: en fin, a la alegría del amor se añadía la de la verdad.

Así, armados únicamente de amor y de luz y revestidos de alegría, en breve tiempo conquistaron el mundo entonces conocido: Decía Tertuliano: "Somos de ayer y ya hemos invadido el mundo..." (Apologético, 37,7).

La alegría pues, la alegría y los primeros cristianos. La alegría y los verdaderos, los auténticos cristianos. La alegría y los jóvenes cristianos. (...)

Son característicos los que pertenecen a los nuevos Movimientos surgidos en estos últimos decenios que, imitando a los primeros cristianos, están desencadenando en nuestros días, en versión moderna y en los más variados modos, pero todos ellos basados en el amor, en la comunión (sin la cual no hay cristianismo), están desencadenando la revolución cristiana, teniendo como perspectiva la fraternidad universal. (Aplausos).

Estos jóvenes, que constituyen una de las fuerzas más vivas y son la esperanza actual de la Iglesia, como sus primeros hermanos -los primeros cristianos- saben en qué consiste la alegría, es decir, la verdadera alegría de Jesús, que sus rostros irradian sobre cuantos entran en contacto con ellos.

Saben qué es la alegría porque la han experimentado amando.

Saben qué es la alegría por haber descubierto, asimismo, otra fuente de ella tal y como sucedió a los primeros cristianos, que gozaban hasta en las persecuciones y cantaban incluso en el martirio.

Han comprendido una paradoja del cristianismo, esto es, que la alegría, la alegría sobrenatural de Jesús se puede encontrar precisamente donde parece no exista: en el dolor; pero en el dolor amado.

Es verdad que a veces ciertos estados psicofísicos o algunas grandes y enormes pruebas espirituales pueden obstaculizar la alegría, sobre todo externamente, como le sucedió a Jesús en la cruz, con aquella prueba... Pero, por lo general, estos cristianos, como todos los que abrazan la propia cruz, han comprendido y experimentado que, como la poda del árbol preludia un brote de vida, como la llaga del injerto anuncia nuevos frutos, el dolor amado por Cristo produce como fruto una fuente extraordinaria de alegría. (Aplausos).

La alegría del cristiano es, efectivamente, como un rayo de sol que brilla sobre una lágrima, es como una rosa que surge de una mancha de sangre, es esencia de amor destilada del dolor. Por esto, es una alegría única y tiene la potencia apostólica, es decir, hace mella en todos, tiene la potencia apostólica de un pedazo de Paraíso.

(...)